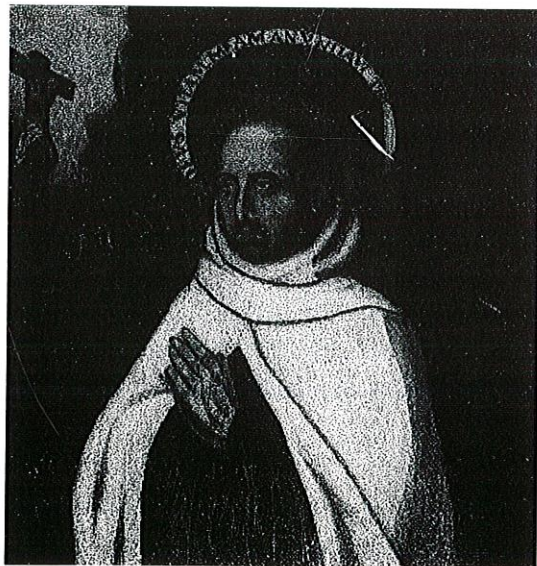


VIVENCIAS DE LA FE.

Miguel Molina Rabasco.

Existe un obstáculo, casi insalvable, para hablar de cosas que carecen de consistencia física, que son incorpóreas, inmateriales, pura abstracción, idea o eso aún más complejo que produce sacudidas, conmociones, en nuestra alma, como son los sentimientos. El lenguaje, en estos casos, ha de valerse de imágenes, de símiles y comparaciones escogidas de nuestra experiencia del mundo real. Por eso resulta tan difícil de expresar y explicar lo que acontece cuando el alma se siente invadida y gobernada por la Fe y todos los actos son efecto y reflejo de ella. Por lo pronto la vida personal, como flecha disparada hacia una diana bien concreta, tiene ya dirección; y en ese espacio temporal que transcurre desde que es lanzada hasta que alcanza su destino final, las cosas, las situaciones, el paisaje atravesado, cuanto percibe a lo largo de su viaje, adquieren relieve, matiz y color distintos; son pura transitoriedad, avatares casuales, a veces agradables, con frecuencia hirientes, que sirven con su contacto o percepción para templar el acero de cada personalidad; algo así como pruebas a las que somos sometidos para medir nuestra fortaleza y el peso específico de nuestro amor.

Los místicos, para describir estas sensaciones del alma encendida en la fe,



ardiendo en el fuego inagotable del amor a Dios, no han tenido otro remedio que acudir a comparaciones con el amor humano; amor éste, por otra parte, que no deja de ser, también, divino, aunque no se dirija directamente a Dios sino a alguna de sus criaturas, obras suyas. Es una forma sesgada, indirecta, pero emotiva, de adoración al que creó una criatura que nos atrae y seduce con sugestiva fuerza.

Este recurso a los medios expresivos del enamoramiento y del amor humano para dar a conocer la experiencia mística, no es nuevo, sirva de ejemplo, en la Biblia, El Cantar de los Cantares. En toda la obra poética de San Juan de la Cruz, en lectura realizada sin otras consideraciones que las puramente literarias, sólo se percibe ese amor, incontenible y extremado, de dos enamorados. Pero no nos equivoquemos ni escandalicemos: esos enamorados, son el Alma y Dios. Y así es, cuando exclama:

*¡ Ay, quién pudiera sanarme!
Acaba de entregarte ya de vero,
no quieras enviarme
de hoy mas ya mensajero,
que no sabe decirme lo que quiero.*

Porque en el amor, sea cual fuere, no caben intermediarios, ni correos, ni mensajeros que nunca saben decir lo que oír queremos; entre otras causas, porque las palabras de amor han de ser dichas y oídas en cálida cercanía, y más que su contenido importa la voz trémula, el aliento próximo, la presencia vibrante, estremecida, del ser querido.

Esto, traducido a la idea mística de los poemas de San Juan de la Cruz, es así. El mismo, explicándolo, escribe: «*porque ninguna cosa de la tierra ni del cielo pueda dar al alma la noticia que ella desea tener de Ti, y así, no saben decirme lo que quiero. En lugar, pues, de tus mensajeros, Tu sea el mensajero y los mensajes.*»

También Santa Teresa de Jesús, esa mujer enérgica, andariega y quijotesca, de férrea Fe, que de joven quiso sufrir martirio, por considerar que los santos pagaban muy barato el gozo de la contemplación de Dios, con la fuerza de su amor sediento, escribiría páginas emocionantes.

Que la fe otorga a nuestra vida una especial capacidad para ser felices, no cabe dudarlo; bajo su influencia nada ni nadie tienen poder bastante para robarnosla o disminuirla. Si los avatares que nos afectan son positivos y satisfactorios, serán favores inmerecidos con los que, sin particular mérito, nos premia la Providencia y, por tanto, gozaremos de ellos y nos producirán felicidad; si, por el contrario, el destino nos reserva penalidades y sufrimientos, éstos se transforman en pruebas con las que se temple el ánimo y se refuerza la fe; en consecuencia, también los recibiremos con igual predisposición y sosiego. Nada pueden contra nosotros las adversidades ni las fortunas: siempre serán manifestaciones o, mejor, acciones de quien amamos por encima de cualquier circunstancia y, dada la reciprocidad de ese amor, alguna causa, motivo o razón, que escapan a nuestra

pobre comprensión, habrá para que sucedan.



Foto: Rafael Gálvez



GRAFERMA, S.L.

Almacén de Maderas

Ctra. Cir. Puente Genil - Cabra km. 2,450
Apartado de Correos, 227
Tlf. (957) 59 02 02 - Part. (957) 50 09 29
14900 LUCENA (Córdoba)